PQ2496
.A51

Es propiedad

FONDO
RODRIGO DE LLANO

Z-1035LT

BIBLIOTECA "RODRIGO DE LLANO"
SECCION DE ESTUDIOS HISTORICOS DE LA
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

L'ASSOMMOIR

(LA TABERNA)

VII.

El santo de Gervasia venia á caer en 19 de Junio. Los dias de fiesta los Coupeau echaban la casa por la ventana, y se levantaban de la mesa con el vientre lleno para una semana. Tan pronto como tenian cuatro cuartos juntos, inventaban una festividad à fin de tener pretexto para una nueva comilona. Virginia animaba á Gervasia á que se regalase cuanto pudiese. Cuando se tiene un marido borracho vale mas forrar el estómago con buenos bocados, que dejar que la casa se vaya en líquidos. Puesto que el dinero se habia de gastar, mas valia que se lo llevase el carnicero que el tabernero. Gervasia se abandonaba cada vez más fundándose en se-

mejantes consejos y razones. ¿Qué habia de hacer ella? ¡Coupeau tenia la culpa de que no ahorrasen un céntimo! Como ella habia ido engruesando y llenándose de grasa, cogeaba algo más, pues parecia que se le habia encogido la pierna.

Este año, un mes ántes de que llegase su santo, se hablaba ya del convite. Buscábanse los platos más sabrosos, y se relamian solo de pensar en ellos. Era preciso inventar algo extraordinario á fin de que el festin llamase la atencion, pues no siempre se presentan los tiempos buenos.

Lo que mas preocupaba á la planchadora, era el saber á quién habia de invitar; deseaba tener á su mesa aquel dia doce personas solamente. Ella, su marido, mamá Coupeau y la Sra. Lerat, eran cuatro personas de la familia. Tambien convidaria á los Gouget y à los Poisson. En un principio no pensó en invitar à sus oficialas, para que no adquiriesen demasiada familiaridad, pero como se hablaba siempre del festin delante de ellas y se les ponian los dientes de à media vara, acabó por decirles que asistiesen. Con las oficialas eran ya diez los convidados. Pero como queria decididamente que fuesen doce, se reconciliò con los Lorilleux, que hacia algun tiempo andaban haciéndole la rueda; convínose en que los Lorilleux bajarian á comer y se harian las paces con el vaso en la mano. La idea de la fiesta enternecia todos los corazones. Cuando los Boche se enteraron del acomodo, empezaron á sitiar á Gervasia con sonrisas y cortesías, de modo que èsta se vió en precision de invitarlos. Por consiguiente, los convidados serian catorce, sin contar los niños. Nunca habia dado

ella un convite igual, así es que estaba que no cabia en el pellejo.

La fiesta caia precisamente en lúnes, lo cual era gran ventaja, pues Gervasia contaba con la tarde del domingo para empezar á cocinar. El sábado hubo una larga discusion en el taller á fin de redactar decisivamente el *menú*. Solo habia un plato adoptado desde hacia tres semanas, à saber; un capon asado, que por cierto ya estaba en la despensa. Mamà Coupeau fué á sacarlo para que Clemencia y la Sra. Putois lo tomase en peso. El animal les pareció tan grande, que prorrumpieron en mil exclamaciones de asombro.

—¿Antes del capon el cocido, no es verdad? dijo Gervasia. Siempre es bueno empezar por un poco de sopa y cocido..... Tambien será preciso un plato de salsa.

Clemencia propuso un conejo, pero todo el mundo estaba harto de conejo, y Gervasia queria algo mas distinguido. Habiendo propuesto la Sra. Putois un plato de ternera en salsa blanca, todas se miraron con alegre sonrisa..... Era una gran idea.

Aun pensó Gervasia en que era preciso otro plato de salsa.

Mamà Coupeau hablò de pescado, pero nadie acogiò bien sus palabras. El pescado no se pega al estómago, y además, tiene espinas. Como Agustina la bizca se atreviese à decir que á ella le gustaba la Raya (1), Clemencia le dió un soplamocos. Al fin la maestra pensó en un lomo de cerdo con patatas fritas, plato que fuè

(1) Pez cartilaginoso con agallas fijas y cuerpo orbicular ó triangular.

unánimente aceptado con gran regocijo. En aquel momento entró Virginia como un huracan, y con el rostro encendido.

—¡Llega vd. á tiempo! gritó Gervasia. Mamá Coupeau, enseñele vd. el bicho!

Mamà Coupeau sacó de nuevo el capon, cuyo tamaño y aspecto hizo à Virginia prorrumpir en mil exclamaciones.

Pero con la gloria se le fué la memoria; así es que dejando el capon sobre la mesa llevó á Gervasia á la habitacion del fondo.

—¡Hija mia! le dijo en voz baja, tengo que advertirle à vd. una cosa.... ¿Vaya que no acierta vd á quien he visto en lo último de la calle? Al mismo Lantier. Se conoce que està en acecho..... por eso he venido corriendo y llena de miedo à avisar à vd.

La planchadora se puso pálida. ¿Para qué la queria aquel desgraciado? Y justamente venia á aparecer en medio de los preparativos de la fiesta. Nunca habia ella tenido suerte y estaba de Dios qne no la habian de dejar disfrutar de ninguna cosa. Virginia le contestó que no tenia motivo para tomar una sofocacion. Si Lantier se atrevia á seguirla, con llamar á un agente del órden pùblico, estaba todo arreglado. Como hacia un mes que su marido habia sido nombrado individuo del órden público, la morena hablaba en seguida ha de detener á todo el mundo. Gervasia le suplicó con un gesto que se callase, pues las oficialas estaban escuchando. Entró de nuevo en la tienda, y añadió aparentando gran calma

—¿Además, serà preciso un plato de legumbres?

—En ese caso, guisantes con jamon, dijo Virginia. Es lo que mas me gusta.

—Sí, sí, guisantes con jamon, añadieron las demas, en tanto que Agustina entusiasmada hundia à porrazos el hornillo con el atisador.

Al dia siguiente, domingo, desde las tres de la mañana, mamá Coupeau encendió las dos hornillas de la casa y otra de barro que pidió prestada á los Boche. A las tres y media hervia el cocido en una gran marmita, prestada igualmente por otra vecina, pues la de la casa era pequeña para tanta gente. Habian decidido preparar con tiempo la ternera y el lomo de cerdo, porque dichos platos saben mejor recalentados; solo que la salsa no se haria hasta el momento de poner el plato en la mesa. A pesar de esto, habia de quedar bastante trabajo para el lùnes con preparar la sopa, los guisantes y el capon asado. La habitacion del fondo estaba completamente iluminada con la lumbre de las tres hornillas; el aceite hervia chisporroteando en las sartenes, despidiendo un fuerte olor de harina tostada, miéntras la marmita lanzaba columnas de vapor como una caldera, y exhalaba á manera de fuertes sollozos en tono grave y profundo. Mamá Coupeau y Gervasia con su delantal blanco llenaban la habitacion con sus atropellados movimientos, ya picando el peregil, ya buscando la sal y las especias, ya volviendo la carne con la paleta de madera. A fin de tener mas libertad y holgura, habian enviado á Coupeau á paseo. Pero sin embargo, no se vieron libres de visitas en toda la tarde.

Olian tan bien los guisos, que todas las vecinas de la casa, unas con un pretexto y otras con otro, fueron entrando para oler lo que guisaban, y allí se estaban de planton hasta que la planchadora se viò obligada à levantar las corvetas. A eso de las cinco entrò Virginia, habia visto tambien á Lantier, y por su parte, la Sra. Boche aeababa de distinguirle en la esquina de la acera avanzando la cabeza con aire de disimulo. Gervasia, que en aquel momento iba á comprar dos cuartos de cebollas para el cocido, se sintiò acometida de un gran temblor y no se atrevió á salir, tanto mas cuanto, que Virginia y la portera aumentaban su terror contando historias terribles de hombres que aguardaban á las mugeres con cuchillos y pistolas. Todos los dias se leian casos semejantes en los periódicos, porque esos bribones libertinos que se empeñan en conquistar de nuevo á una antigua amante abandonada, son capaces de todo. Virginia se ofreció á ir por las cebollas. Cuando volvió dijo que Lantier habia desaparecido, conociendo sin duda que le habian descubierto. Sin embargo, la conversacion versó únicamente sobre èl; la portera era de parecer que se descubriese todo á Coupeau, pero Gervasia mostrò un miedo terrible, y le suplicó que no dijese ni una palabra de aquello. ¡Estaria bien!..... Su marido debia ya haber sospechado algo, porque hacia algunos dias que al acostarse juraba y renegaba dando puñetazos en el tabique. Temblaba de pensar que los dos pudiesen venir à las manos, porque Coupeau era capaz de acometer á Lantier con sus tijeras. Miéntras las cuatro mugeres discutian las peripecias probables de semejante drama, las salsas hervian dulcemente

sobre las brazas cubiertas de ceniza, la ternera y el lomo producian una ligera y discreta crepitacion, cuando mamá Coupeau las descubria, y la marmita seguia con su ronquido de canónigo dormido con el vientre al sol. Las cuatro mugeres acabaron por mojar cada una, una sopa para probar los guisos.

Al fin llegó el lúnes. Gervasia temia no poder acomodar à sus catorce convidados. Decidióse á poner la mesa en la tienda, y toda la mañana estuvo con el metro en la mano para saber en qué sentido la colocaria. Hubo que desmontar el tablero que servia para planchar, el cual debia hacer el papel de mesa. En medio del trastorno que se movió, como era consiguiente, se presentó una parroquiana que estaba aguardando su ropa desde el viérnes; aquello era burlarse de ella y queria que se la entregasen inmediatamente. Gervasia se escusó mintiendo con aplomo; no tenia la culpa, pues estaba limpiando su tienda, y las oficialas no vendrian hasta el dia siguiente; pero prometiò que arreglarian su ropa á primera hora, y la parroquiana se marchó calmada. Cuando hubo salido, la planchadora prorrumpiò en malas palabras. ¡No faltaba más, sino que ella se quitase la vida por la bella cara de nadie! ¡Ni que fuera un perro! ¡Ya podia ir el Gran Turco á llevarle un cuello solo, pues aunque le ofreciese cien mil francos, no cogeria la plancha.

Empleóse la mañana entera en terminar la compra. Tres veces salió Gervasia y volvió cargada como un burro. Pero en el momento en que iba á salir de nuevo para encargar el vino, notó que no tenia bastante dinero. Hubiera podido tomar el vino fiado, pero no era cosa

de estar sin un cuarto en la casa, à causa de los mil gastillos que suelen ocurrir. Ella y mamá Coupeau estaban desoladas, pues segun sus cálculos necesitaban unos 20 francos, y no sabian donde encontrarlos. Mamà Coupeau que habia servido á una actriz del teatro de Batignolles, hablò del Monte de Piedad. Gervasia se asombró de su torpeza por no haber caido ántes en ello. Envolvió en un paño su vestido de seda negro sujetándolo con alfileres, y lo colocó bajo el delantal de mamá Coupeau lo mas aplastado que pudo para que los vecinos no notasen el bulto, y se puso de centinela en la puerta para ver si alguien seguia á la vieja; pero aún no llegaba ésta delante de la carbonería cuando la llamó, y haciéndole que entrase de nuevo en la tienda, se quitó del dedo la sortija del matrimonio y se la entregô, diciendo:

—Llévela vd. tambien, así darán màs dinero.

Cuando volvió mamà Coupeau del Monte con veinticinco francos, la planchadora bailó de alegría. Ademàs del vino que habia, mandó traer otras seis botellas lacradas para comer el asado.

Los Lorilleux iban á reventar de envidia.

Desde hacia quince dias el sueño de la Coupeau era anonadar con su largueza á los Lorilleux. Éstos, que eran por cierto una linda pareja, se encerraban cuando tenian que comer algun buen bocado, como si lo hubiesen robado, á fin de que nadie subiese á molestarlos. Tapaban la ventana con un paño para que no se viese la luz desde fuera. Al dia siguiente tenian muy buen cuidado de no echar los huesos en la basura, y la Sra.

Lorilleux iba á un extremo de la calle á echarlos por una alcantarilla; una mañana la vió Gervasia vaciando su delantal lleno de conchas de ostras. Todos estos manejos no obedecian sino al deseo de parecer pobres. ¡Pues bien! ¡Llevarian una buena leccion! Gervasia hubiera querido poner la mesa en medio de la calle para convidar á todo el que pasara. ¿Acaso no se habia hecho el dinero para que rodara? Ella era tan distinta de sus cuñados, que cuando tenia dos francos hacia de manera que todo el mundo creyese que tenia cuatro.

Mamà Coupeau y Gervasia se ocuparon de los Lorilleux, mièntras ponian la mesa. Habian puesto grandes cortinas en el aparador, pero como hacia tanto calor, estaba la puerta de par en par, y todos los transeuntes podian enterarse y atisbarlo todo. A cada detalle que añadian à la mesa soltaban alguna frase mortificante para los Lorilleux. Colocáronlos de manera que pudiesen apreciar de una sola ojeada la magnificencia de la mesa, y les reservaban la mejor vagilla, porque sabian que los platos de porcelana habian de ser el golpe de gracia.

—No, no, madre; ¡no les ponga vd. esas servilletas, gritó Gervasia. Tengo dos adamascadas,

—¡Es verdad! contestó la vieja, así reventarán de envidia!

Y ambas sonrieron de pié á los dos lados de aquella gran mesa cubierta con un blanquísimo mantel; los catorce cubiertos artistícamente colocados las llenaban de orgullo; aquello parecia una capilla.

—¡Para qué son tan cicateros!....Ya sabe vd. que

el mes pasado forjaron la mentira de que habian perdido un trozo de cadena de oro.... ¡Cómo si ellos pudiesen perder algo!.... ¡Fué solo una farsa para excusarse de darle á vd. los cinco francos!....

—¡No me los han dado mas que dos veces!.... dijo mamá Coupeau.

—¿Cuánto apuesta vd. á que el mes que entra inventan otra historia?.... Por eso tapan la ventana cuando se comen un conejo. ¿No es verdad? De otro modo se les podia decir: "Ya que tienen vds. para comer conejo, bien pueden dar cinco francos á su madre." ¡Oh! Son unos bribones!.... ¿Qué hubiera sido de vd. á no haberse venido con nosotros?....

Mamá Coupeau movió la cabeza en lugar de asentimiento. Aquel dia estaba enteramente contra los Lorilleux, á causa del gran convite que daban los Coupeau. Por otra parte, generalmente, no se llevaba del todo mal con su nuera. Algunas veces. sin embargo, reñian como sucede en todas las casas, y la vieja se quejaba amargamente de verse á merced de su nuera. En el fondo debia conservar cierto cariño á la Sra. Lorilleux que, despues de todo, era su hija.

—A buen seguro, añadió Gervasia, que no estaria vd. tan gorda en casa de ellos! ¡No habria café, tabaco, ni ninguna otra golosina!.... Y digáme vd., ¿le hubieran puesto nunca dos colchones en la cama?.....

—De seguro que no, respondió mamá Coupeau, Cuando entren me voy á poner frente á la puerta para ver la cara que ponen.

Entre tanto, se acercaba la hora de la comida. Los Coupeau habian almorzado á la una un poco de embu-

tido, por que las tres hornillas estaban ocupadas, y no querian, ademas, ensuciar los platos. A las cuatro llegó para las dos mugeres la hora crítica. El capon ensartado en el asador se asaba lentamente, y Agustina, iluminada completamente por el resplandor de la lumbre, le echaba con la mayor gravedad cucharadas de manteca. Gervasia estaba ocupada en preparar los guisantes, y mamá Coupeau daba vueltas atolondrada esperando el momento de poner á calentar la ternera y el lomo. A eso de las cinco empezaron á llegar los convidados. Entraron primero Clemencia y la Sra. Putois en traje de domingo, vestida de azul la primera y de negro la segunda. Esta traia un heliótropo y aquella un geránio. Gervasia que tenia en aquel momento las manos llenas de harina, les dió à ambas dos ruidosos besos en las mejillas. A poco entró Virginia ataviada como una señora, con vestido de musolina estampada y con un lujoso sombrero, à pesar de que solo habia tenido que atravesar la calle. Traia un tiesto de claveles rojos, y estrechó entre sus brazos á Gervasia. Al fin aparecieron Boche con un tiesto de pensamientos, su esposa con otro de reseda, y la señora Lerat con otro de toronjil. Esta última vestia un traje de merino color violeta. La gente se iba aglomerando y Gervasia los acogia á todos con la mayor amabilidad, sin dejar por eso de labrar la salsa para la ternera. Habia ido colocando los tiestos en un extremo de la mesa, y el perfume suave de las flores se mezclaba al excitante olor de la cocina.

—¿Quiere V. que le ayude? dijo Virginia. !Cuàndo pienso que hace tres dias está V. preparando todo eso,